

HIMNO DE INVIERNO

PERE GIMFERRER

Con la niebla en los tilos llega el olor de manzanas,
todo lo que guardó la nieve en su membrillo:
solemne, el hálito de los copos en la luz crepuscular,
alegoría temerosa del amanecer de la muerte.
Será muy clara: un cielo deslumbrante, espacios
del descuartizamiento de las estrellas y los escollos,
todo ese lavado de la luz que, ahora, presiente
el momento de la servidumbre y del férreo nublado.
Será muy clara: espumas y escarchas, polvareda
de tiza en un mediodía de corazas encendidas,
la cuadriga de púrpura del pabellón resplandeciente.
Será muy clara: el oro de viejas roderas
en las veredas trilladas, moneda de la luz,
moneda del recuerdo que tantas manos pulen,
plegaria del cobre y el joyel oxidado.
Así nos afila, en los bordes de la tarde,
la ciega orfebrería del invierno, la borrasca
que atormenta los ojos extraviados en el cielo.
Ayer apenas fue jornada de agua,
hoy de granizo, mañana de fuego.
Revoloteando, la nieve nos promete hogueras
y de la brasa enjuta ha de nacer el destello del hielo.
Guarecidos, veremos el bosque del temor
y el canto de los pájaros muertos dirá nuestro destino. ◀

[VUELTA NÚM. 144, 1988]